

antisemitas emularon a los nazis alemanes al no ver en los judíos a seres humanos, sino a una especie de alimañas que debían ser aniquiladas por todos los medios. Esa brutalización previa de las relaciones personales que llevó a considerar la liquidación del vecino se alimentó de una mezcla explosiva de ingredientes variados, al margen de la animosidad tradicional contra los hebreos, culturalmente muy arraigada sobre todo en las zonas rurales: ganarse de forma

oportunista la voluntad de las nuevas autoridades; obtener beneficios materiales por las actividades realizadas (el reparto de los bienes de los asesinados); y el estímulo de la misma propaganda nazi, que animaba a saldar cuentas con la comunidad judía por las supuestas indignidades sufridas por los católicos durante la ocupación soviética.

FERNANDO DEL REY

Omer Bartov,
Mirrors of Destruction. War, Genocide and Modern Identity,
Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 2000.

Stanley Cohen,
States of Denial. Knowing about Atrocities and Suffering,
Cambridge, Polity Press, 2001.

Dentro de la abundante producción científica sobre las grandes atrocidades del siglo xx, las relaciones entre los genocidios y la cultura moderna siguen siendo un tema misterioso. Los historiadores han podido identificar los principales recursos que utiliza el poder para convertir al hombre en un instrumento criminal: el nacionalismo, con su carga de exclusión de todo aquello que no pertenece a la «comunidad imaginada»; el imperalismo, con su tendencia congénita a trazar fronteras entre razas superiores e inferiores; el totalitarismo, sublimación de la razón de Estado al servicio de una ideología utópica. Pero cuando nos trasladamos de lo

político a lo cultural y psicológico, las certezas empiezan a desvanecerse. En particular, carecemos de estudios generales que expliquen satisfactoriamente hasta qué punto influye la cultura en la puesta en práctica de políticas de exterminio (¿puede hablarse de «culturas genocidas?»), y cómo repercuten a su vez estas políticas en el imaginario social.

Los dos libros que vamos a comentar se enfrentan a este virtual vacío teórico desde ángulos diferentes, aunque complementarios. *Mirrors of destruction*, del historiador norteamericano Omer Bartov, está compuesto de cuatro ensayos en torno a la relación entre la guerra, el genoci-

dio y la identidad moderna. En muchos aspectos, el autor se ha limitado a reelaborar un trabajo anterior sobre el Holocausto¹, y su interés se centra aquí también en la singularidad del exterminio de los judíos por el Tercer Reich. A juicio de Bartov, «Auschwitz es un espejo en el que se refleja la historia de nuestro siglo», la «crisis de identidad» provocada por la experiencia de «la fuerza aniquiladora de la violencia moderna.» Los primeros dos capítulos del libro analizan el encuentro del hombre del siglo xx con esta nueva realidad, la Primera Guerra Mundial, y cómo afectó a toda una generación de europeos. Siguiendo a Mosse, Bartov considera que la Gran Guerra tuvo un efecto psicológico «brutalizador» sobre las sociedades implicadas; la novedad es que para él esta brutalización se refleja tanto en el belicismo de la Alemania de Weimar como en el pacifismo radical de la III República francesa, cuyas pulsiones destructivas se agotaron en luchas internas. Llegados aquí, no obstante, confesamos que nos resulta difícil entender el vínculo que establece el autor entre la experiencia de las trincheras de 1914-1918, los «años sombríos» de Vichy y lo que a su juicio constituye la incapacidad francesa de reconciliarse con su «legado ignominioso», su complicidad en el exterminio de los judíos. En este punto al menos, la

comparación entre los casos francés y alemán resulta poco esclarecedora, por más que Bartov trate de presentar el Holocausto como una experiencia común a ambas sociedades.

El tercer capítulo de *Mirrors of Destruction*, centrado en la evolución de las ideas de «enemigo» y «víctima» en Alemania, Francia e Israel y en su impacto sobre la identidad colectiva de estas tres sociedades, es quizá la parte más sugestiva del libro. La tesis de que la persecución y el exterminio de un grupo humano suelen ir acompañados de un proceso simbólico de «construcción del enemigo» no representa ninguna novedad, pero Bartov se distingue de sus antecesores al señalar que la fuerza movilizadora de esta construcción radica ante todo en su naturaleza «elusiva», imprecisa y ubicua al mismo tiempo. Este término le sirve también para caracterizar el modo en que las políticas conmemorativas de la segunda mitad de siglo han distinguido entre «enemigos» (culpables) y «víctimas», perpetuando así la misma visión del mundo que pretendían estigmatizar. El ensayo que cierra el libro resulta más incoherente, pues yuxtapone sin más una prometedora reflexión sobre el conocido binomio utopía-violencia con un análisis pormenorizado de la obra del israelí Ka-Tzetnik, víctima y cronista del Holocausto.

¹ Omer Bartov, *Murder in Our Midst. The Holocaust, Industrial Killing and Representation*, Oxford University Press, 1996.

En conjunto, *Mirrors of Destruction* propone varias vías de aproximación algunas de las cuestiones históricas más «elusivas» del siglo xx, pero sin profundizar demasiado en ellas; pese a sus innegables méritos —entre los que destaca el manejo de una amplia bibliografía— la impresión que deja su lectura es la de una obra inacabada y en cierto modo fallida.

States of Denial, del sociólogo sudafricano Stanley Cohen, constituye un intento más ambicioso de explicar el contexto cultural en el que tienen lugar los distintos fenómenos que las sociedades occidentales caracterizan como «atrocidades». Por una parte, el análisis se amplía al conjunto del «triángulo» formado por criminales, víctimas y testigos; por otra, la obra se articula en torno a un concepto clave, el de «denial» («negación», la facultad por la que una persona o colectivo cierra los ojos ante el sufrimiento de otros). El mismo Cohen admite que «la negación es una presencia que se evapora cuanto más cerca estamos de definirla», lo que no le impide mostrar cómo puede aplicarse a un amplio abanico de situaciones, tanto cotidianas como históricas: desde la reacción de cualquiera al presenciar una paliza en plena calle hasta la actitud de los «alemanes de a pie» ante las noticias de la «Solución Final». Para quienes perpetran el crimen, la negación es un discurso con una lógica determinada, siempre similar: el autor compara con ingenio los modos

de autojustificación de un delincuente común con el discurso oficial de los regímenes genocidas, desde la Alemania nazi hasta la Junta militar argentina. Para quienes lo presencian (bien de forma directa, bien a través de la televisión, como «testigos metafóricos»), la negación constituye un estado mental difícil de definir, una verdadera «cultura» compuesta en dosis variables de identificación con el crimen, miedo a posibles represalias, pasividad e indiferencia. El autor demuestra con una amplia variedad de ejemplos que éste no es un fenómeno peculiar a sociedades o épocas autoritarias, sino virtualmente universal: «en lugar de atormentarnos sobre el porqué de la negación, deberíamos darla por supuesta. El problema teórico no es ¿por qué desconectamos?, sino ¿cómo es que en algunas ocasiones no desconectamos?»

En mi opinión, las respuestas del autor a esta segunda pregunta constituyen la parte menos convincente de su libro. Hasta aquí, uno de sus mayores aciertos consiste en abstenerse de emitir juicios de valor sobre las actitudes que observa, pero esta neutralidad desaparece en cuanto comienza a analizar las estrategias de persuasión utilizadas por grandes organizaciones humanitarias, como Oxfam y Amnistía Internacional. Partiendo del doble postulado de que la compasión es una respuesta «natural» al sufrimiento ajeno y que, por tanto, las campañas de ayuda humanitaria tienen la

orientación correcta, el autor atribuye la indiferencia del gran público a factores como «el individualismo thatcherista», «la sofisticación desengañada cultivada desde hace tiempo por ciertas clases y subculturas» o la política informativa de los medios y «élites cínicas». Pero este tipo de afirmaciones, enunciadas en el vacío, constituyen en el mejor de los casos una hipótesis sobre el estado de la opinión occidental a finales del siglo xx, no una explicación válida para un fenómeno «universal». La «sofisticación» y el «individualismo» pueden haber tenido alguna influencia en la pasividad de los neoyorquinos que presenciaron la paliza de cuarenta minutos que recibió Kitty Genovese en 1964, pero no en los gritos de ánimo de los campesinos lituanos a los SS

que asesinaron a cientos de sus vecinos judíos en 1941.

El optimismo antropológico que marca los últimos capítulos de *States of Denial* hace más previsible la conclusión: un esbozo de programa educativo contra el posmodernismo, el relativismo y el multiculturalismo, basado en valores como la «fraternidad». Pero ni su estilo divulgativo ni su ingenuidad ocasional deben hacer olvidar que el libro es un valioso ensayo de psicología social, con evidentes aplicaciones a la historia cultural del siglo XX. Los especialistas en la Europa de entreguerras, entre ellos Omer Bartov, harían bien en estar atentos al trabajo de sociólogos como Cohen.

HUGO GARCÍA

Gonzalo Álvarez Chillida,
El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002),
Madrid, Marcial Pons, 2002, 543 págs.
Bibliografía e índice

No es casual que este libro se refiera a la imagen del judío. Porque la ausencia real de los judíos en España, desde el decreto de expulsión en 1492 hasta bien entrado el siglo xix, no impide su continuada presencia imaginaria. Para los defensores de la fe y de las esencias patrias, el judío expulsado sigue estando presente como amenaza a la vez que es, junto con el musulmán, el morisco y el converso, un factor fundamental, en negativo, de la identidad castiza.

El estudio de Gonzalo Álvarez Chillida, rico en referencias, es el más completo y documentado sobre el tema para estos dos últimos siglos. Dividido en cinco partes, la primera se dedica a una larga introducción sobre la tradición histórica del antisemitismo español. En las casi cien páginas de la misma el autor hace un recorrido que va desde la época medieval hasta los años previos a la revolución liberal. Las tres clásicas acusaciones (degeneración de pueblo ele-